

El aporte de Francisco Suárez a la filosofía moderna

MARÍA MERCEDES BERGADÁ

Buenos Aires

Por una extraña falta de conocimiento directo de su obra metafísica, los que hoy hacen historia de la filosofía, salvo contadas excepciones, no dan a Francisco Suárez el lugar que le corresponde —por su aporte positivo, por su papel de innovador, por su influencia— en el desarrollo del pensamiento filosófico moderno. Muy otra fué la apreciación de sus contemporáneos y de los pensadores de los dos siglos siguientes. Leibniz se graduó en Leipzig presentando una tesis *Sobre el principio de individuación*, inspirada totalmente en Suárez; Descartes, Schopenhauer, Spinoza, Wolff, Vico, Berkeley, Hume se refieren muchas veces a sus lecturas de las *Disputationes Metaphysicæ*, que dejan huellas en sus respectivos sistemas. Y, lo que es más significativo aún, el español Suárez, católico y jesuíta —y no por cierto sospechoso de heterodoxia, sino llamado *doctor eximio* por el Sumo Pontífice— imperó entonces como único maestro de metafísica en las aulas de la Reforma luterana, desplazando al mismo Melancthon, porque no tenían ellas ningún autor propio que se le pudiese comparar; y así a las alabanzas de los Pontífices de Roma unen sus voces los protestantes Weltheim y Heerboord, a punto tal que este último, profesor en Leyden, no vacila en llamarle *metaphysicorum omnium papa atque princeps*. ¿No dice nada el hecho de que, entre 1597 y 1636, las *Disputationes Metaphysicæ*, a pesar de su ingente mole capaz de detener al editor más valiente, alcanzan la cifra “record” de *diecisiete ediciones* en toda Europa, católica y protestante, desde Venecia y Salamanca hasta París, Ginebra, Maguncia, Colonia . . . ?

1921

¿Cómo —no puede uno menos de preguntarse— una obra así ha podido caer en un casi olvido? Nos aventuramos a señalar algunas posibles razones: a) la gran importancia de la obra jurídica de Suárez ha concentrado la atención sobre este aspecto de su talento múltiple, relegando a segundo plano su labor filosófica, y así la aureola creada en torno al jurista impidió ver al metafísico; b) la circunstancia de que sus *Disputationes Metaphysicæ* se hallen escritas en latín y casi no hayan sido traducidas —porque en su tiempo aún era el latín la lengua universal de los sabios de todos los países— lo puso fuera del alcance de muchos en el progresista siglo XIX; c) la circunstancia de ser español, y jesuíta por añadidura, no dejó de pesar en ánimos no siempre libres de prejuicios; d) y por último, dentro del mismo campo católico contemporáneo, donde podía haberse esperado un mayor conocimiento de una de sus glorias más puras, una interpretación estrecha de ciertas normas pontificias que recomiendan en sus líneas generales la doctrina de Santo Tomás de Aquino ha hecho de Suárez, en algunos ambientes, una especie de *tabú*, creando en torno suyo una injustificada “leyenda negra”, como si al calificar de “seguras normas directivas” ciertas proposiciones, que no consta reflejen todas ellas fielmente la mente del Aquinate, por ello se hubieran condenado o proscrito las contrarias, y quedase Suárez como opositor, y no continuador, del Doctor Común, y como sustentador de una doctrina mal vista —ya que no condenada— por la Iglesia.

Es modesta pretensión de este trabajo, dentro de sus reducidísimos límites, señalar al menos algunos de los rasgos que delinean la figura de Suárez con relieves propios y le asignan un lugar de privilegio dentro del panorama del pensamiento filosófico.

Para ello comencemos por preguntarnos: ¿qué recibió Francisco Suárez de su ambiente y de su época?

Se encontró con las tres corrientes que se habían definido dentro de la escolástica: el tomismo, el escotismo y el nominalismo ockamista. Y halló además un método: el de la escolástica decadente que no salía de sus “lecturas” y comentarios de los textos consagrados.

¿Qué hizo Francisco Suárez con estos elementos?

I

Suárez innovador del método

El vigoroso ingenio filosófico del novel maestro granadino no pudo sujetarse al rutinario andar por estos carriles, teniendo como tenía extraordinarias dotes de análisis y de síntesis que le permitirían construir una obra personal. Por eso su enseñanza toma otros rumbos, que él mismo explica en la tantas veces citada carta que escribe al R. P. General de la Compañía de Jesús, a raíz de las alarmas suscitadas por tal innovación:

“...hay costumbre de leer por cartapacios, leyendo las cosas más por tradición de unos a otros que por mirallas hondamente y sacallas de sus fuentes, que son la autoridad sacra y humana —(se está refiriendo también a la enseñanza de la teología)— y la razón, *cada cosa en su grado*. Yo he procurado salir de este camino y *mirar las cosas más de raíz*, de lo cual nace que ordinariamente parecen llevar mis cosas algo de novedad...”

Innovador en la enseñanza de la filosofía en las aulas, el impulso de Suárez no va a parar ahí, sino que pasará a su obra escrita. Y esto nunca se ponderará lo suficiente: las *Disputationes Metaphysicæ* son, después del período escolástico, la primera obra filosófica escrita en el estilo moderno a que hoy estamos habituados: exposición independiente y sistemática de una doctrina —y en este caso en un estilo terso y elegante como pocos— sin sujetarse al comentario de texto alguno, ni al orden de la metafísica aristotélica, y libre de la farragosa división en cuestiones y artículos, escindidos a su vez por el *sic et non*, de las Sumas medievales. Y así hemos puesto de relieve un segundo título de Suárez, que es:

II

Suárez re-sistematizador de la Metafísica como ciencia autónoma

Decimos “re-sistematizador”, porque es obvio que ya el Estagirita había tratado la metafísica como ciencia autónoma. Mas cabe a Suárez la gloria, después de largos siglos, de ser *el primero que vuelve a pu-*

blicar una Metafísica, el primero que escribe una metafísica escolástica que sea una obra completa e independiente, no un mero comentario de Aristóteles, y que esté totalmente desligada de la teología (Cf. *Disp. Met.* 1). Después de él sí vendrán representantes hoy oscuros de las diversas corrientes: Goudin, Faber, Bonherba, que compondrán los primeros *Cursus Philosophicus* de sus respectivas escuelas tomista, escotista, agustiniana.

III

El eclecticismo suareciano

Antes de señalar algunos puntos capitales de su síntesis doctrinal, queremos detenernos a considerar brevemente en qué consistió el eclecticismo de Suárez, y qué papel desempeña en la elaboración de su sistema metafísico.

Suárez, espíritu penetrante e investigador como pocos, no podía ser hombre de *parti-pris* que se adhiere ciegamente a una escuela determinada, hasta en sus menores detalles; no podía ser argumento para él el *magister dixit*. Recogerá atento todas las opiniones —y es asombroso ver con qué exactitud las expone y las somete al más penetrante análisis— para adherir luego a aquella que en conciencia le parezca la más verdadera, hállese donde se hallare. Así, frente a las tres corrientes ya citadas: tomismo, escotismo, ockamismo, una vez sopesadas todas, con certero instinto adhiere en sus líneas generales al sistema de Tomás de Aquino, pero sin perjuicio de separarse de él en aquellos puntos en que su razón le muestre otra cosa, ya sea completándolo o corrigiéndolo con los elementos buenos que halla en los otros sistemas, ya llevando con su aporte personal el sistema tomista a un ulterior desarrollo más coherente y maduro; en suma, *hace con Santo Tomás lo que éste hizo con Aristóteles*.

Tal es el sano eclecticismo de Suárez —que sólo implica crítica y objetividad— y que es reconocido como un mérito aun por jueces tan insospechables como Grabmann y Hocedez.

IV

El aporte doctrinal de Suárez

He aquí, brevisísimamente, tres rasgos en los que hay originalidad y positivo progreso:

- a) *Filosofía del ser y de la contingencia*: Creemos que una de las glorias más puras de Suárez es el haber superado, con su magnífico desarrollo de la idea de la contingencia, el elemento material y pagano que quedaba en la demostración tomista de la existencia de Dios por el movimiento. Quien haya leído en la *Suma Teológica* (P. I, C. 2, a. 3) las cinco vías por las que Santo Tomás demuestra la existencia de Dios, y sobre todo quien haya leído la exposición que de la prueba aristotélica por el movimiento hace en el Cap. XIII del Lib. I de la *Suma contra los Gentiles*, comprenderá cuán justo es el reproche de *fisicidad* hecho al Doctor Angélico. Se llega ahí a un Primer Motor, que mueve y no es movido, que es Acto Puro en la cima de esa pirámide de seres en cuya base se encuentra la materia prima que es pura potencia (endeble cristianización, esta última, de la materia increada de la filosofía pagana) pero . . . ¡qué distancia hay de este Primer Motor al Dios Personal y Creador que nos revela la fe! Suárez da un sesgo totalmente distinto al argumento, desarrollando al máximo la noción de contingencia apenas esbozada por el Angélico en su tercera vía. Toda la *Disputatio 31* es un tratado de la contingencia. El *quidquid movetur, ab alio movetur*, se convierte en *quidquid fit, ab alio fit*: todo lo que es hecho, es hecho por otro, y así, con una lógica diáfana e irrefragable, la cadena de los seres creados, que no tienen en sí mismos la razón de sus existencias, que han tenido que ser hechos *por Otro* y lo mismo pueden existir que no existir; que son, en una palabra, *seres contingentes*, con una radical insuficiencia, dependientes de Otro, seres *ab alio*, nos pone frente al Ser Necesario, *Ens a Se*, cuya misma esencia exige el existir.

Y la teoría del Ser en todos sus grados, que a partir de la magnífica *Disputatio 2* se desarrolla a lo largo de toda la

- obra, es la clave que da unidad y contextura orgánica a todo el sistema metafísico de Suárez, verdadera *filosofía del ser*.
- b) *Filosofía de la existencia*: Sabido es que Suárez no admite, en los seres contingentes o creados, una composición real entre la esencia y la existencia; y que pone de relieve el valor de esta última. Mas aunque la esencia y la existencia no se distinguen realmente en las creaturas, y aunque éstas y Dios coincidan en el concepto unívoco de ser, la diferencia que entre Uno y otras ha establecido la contingencia: el Ser que existe por sí, y los seres que por una esencial indigencia necesitan de otro para existir, es tan honda, tan radical, tan íntima, que no hay el más mínimo peligro de que por eso se confundan con aquel Acto Puro simplicísimo, en quien no hay composición alguna, ni de que por allí se corra el riesgo de caer en panteísmo.
- c) *Filosofía del individuo concreto*: Aquel Suárez que ya al hablar del método de enseñanza decía que había procurado ir *a las cosas mismas*, nos da pruebas de este espíritu en más de un punto de su sistema. Tomemos un solo ejemplo: su teoría del conocimiento, en la cual el hecho, constatado por la experiencia, de que existen juicios singulares, que versan directamente sobre objetos singulares, le lleva a afirmar un contacto más inmediato con el objeto real, sustituyendo así la teoría tomista del conocimiento indirecto *per reflexionem ad phantasmata* por la de un conocimiento directo que, por otra parte, no es impropio de un ser espiritual como es la inteligencia.

Quedan sin tratar otros puntos interesantes de la síntesis suareciana. Pero creemos que basta lo dicho para atraer algo más la atención hacia la última gran figura de la escolástica —y quizá la primera de la época moderna— que por su método y por sus principios característicos parécenos singularmente afín, y en cierto modo hasta precursora, de las corrientes filosóficas contemporáneas.